

Sepulcros megalíticos y otras evidencias de poblamiento prehistórico en el sur de la Sierra de San Pedro (Extremadura, España)

JOSÉ MARÍA MURILLO GONZÁLEZ
Personal Docente e Investigador.
Universidad de Extremadura
josmarmurillo@yahoo.es

RESUMEN

Este artículo presenta una lectura actualizada del megalitismo en el sur de la Sierra de San Pedro, un entorno del máximo interés paisajístico y arqueológico situado entre las Vegas Bajas del Guadiana y la Penillanura Cacerëña. Ha sido elaborado desde un planteamiento propio de la Arqueología del Territorio y del Paisaje y gracias al apoyo de nuevas tecnologías, integrando información geográfica y arqueológica diversa, tanto antigua como reciente, para lograr una mejor contextualización paisajística e histórica del fenómeno megalítico en el área de estudio.

PALABRAS CLAVES: megalitismo, Sierra de San Pedro, Extremadura, Arqueología del Territorio y del Paisaje, Sistema de Información Geográfica (SIG).

ABSTRACT

This paper presents an updated reading of megalithism in the south of Sierra de San Pedro, between Vegas Bajas del Guadiana and Penillanura Cacerëña (Extremadura, Spain). It has been developed from Spatial and Landscape Archaeology and thanks to the support of new technologies, integrating ancient and recent geographical and archaeological information, trying a better contextualization of the megalithic phenomenon in its landscape and epoch.

KEYWORDS: Megalithism, Sierra de San Pedro, Extremadura, Spatial Archaeology, Landscape Archaeology, Geographic Information System (GIS).

Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste sacado. Porque polvo eres, y al polvo volverás.

GÉNESIS 3:19

1. INTRODUCCIÓN

Quienes tuvimos el placer de conocer al profesor Fernando Serrano Mangas sabíamos de su fascinación desde joven por los restos arqueológicos, tanto de cronologías remotas como más recientes. Precisamente en una de nuestras últimas conversaciones hablamos sobre un conjunto de dólmenes descubierto en una dehesa de su pueblo, Salvaleón, vecino del mío, dado a conocer no hace muchos años (Sanjuán Gago, 2006). Ya sea por el recuerdo de esta charla, o quizás también por el sentido funerario de estas construcciones prehistóricas, cuando se nos propuso contribuir a este homenaje póstumo pronto decidimos presentar un trabajo centrado precisamente en sepulcros megalíticos.

Además de recordar a un profesor cuya prematura marcha ha dejado un profundo hueco entre familiares, amigos y colegas, estas páginas pretenden una contextualización cronológica, cultural y geográfica de diversos restos arqueológicos (no sólo sepulcros megalíticos), en su contexto geográfico particular (donde únicamente pueden adquirir pleno significado), valorando y revalorizando el trabajo de quienes nos precedieron (cuyos aportes han facilitado nuestra labor), explorando y explotando las posibilidades derivadas de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC), cuestión esta casi obligada en la actual revolución metodológica que está experimentando el mundo de la Arqueología.

La información que presentamos se deriva en buena medida de una prospección arqueológica selectiva acometida en la zona sur de la Sierra de San Pedro, en el marco de nuestra Tesis Doctoral. El objetivo inicial que motivó dicha intervención fue contrastar la posible existencia de un antiguo eje de comunicación entre el poblado protohistórico de la Alcazaba de Badajoz y el de la Sierra del Aljibe (Aliseda, Cáceres), en cuyo entorno se descubrió el Tesoro de Aliseda. Para ello seleccionamos fundamentalmente una banda de prospección que unía ambos espacios, coincidente en la mayor parte de su trazado con la ribera del río Zapatón. Fuera como fuese, lo cierto es que conforme avanzaba el trabajo de campo pudimos documentar un importante número de dólmenes, algunos de ellos inéditos. Para comprender mejor su inserción paisajística decidimos ampliar el área considerada, lo que nos llevó a visitar otros sitios

conocidos adyacentes a la estrecha banda inicial. Como podrá comprobarse, la consideración de estos otros lugares ha enriquecido considerablemente nuestro estudio.

La metodología seguida puede calificarse como “híbrida”, pues conjugamos técnicas de trabajo y planteamientos tradicionales con otros más acordes con los tiempos que corren. Tras la inicial recopilación de información (bibliográfica, cartográfica, etc.), nuestra labor se desarrolló en dos fases: una de trabajo de campo (durante la cual recorrimos el territorio seleccionado, documentamos las evidencias sobre el propio terreno y recogimos materiales), seguida por otra de laboratorio (en la cual se realizó un análisis más reposado de la información recabada). El uso de las NTIC ha estado presente a lo largo de todo el proceso, desde la búsqueda de información en internet hasta la propia presentación final de resultados. Hemos utilizado ArcGIS 10.2, un Sistema de Posicionamiento Global (GPS) y diversos programas de edición de imágenes y de elaboración y gestión de bases de datos. También hemos usado información digital diversa procedente de organismos oficiales (cartografía antigua y moderna, en formato ráster o vectorial, datos LiDAR y diversos Modelos Digitales del Terreno -MDT-).

Antes de finalizar esta introducción, remitimos a un trabajo recientemente publicado sobre las pinturas rupestres esquemáticas de la misma área (Murillo González y Paoletti Ávila, 2015), el cual puede considerarse complementario a este, y que por ello nos libera de reiterar detalles previamente referidos.

2. LA SIERRA DE SAN PEDRO: GEOGRAFÍA E HISTORIOGRAFÍA

En el artículo señalado ya bosquejamos los que a nuestro parecer son los rasgos principales de la zona de estudio, tanto a nivel geográfico, como en relación al proceso investigador que ha desembocado en el estado actual de conocimientos. La Sierra de San Pedro es un espacio de transición a medio camino entre dos áreas con rasgos bien definidos: la Penillanura Cacereña y las Vegas Bajas del Guadiana. Destaca en este entorno un predominio de substratos geológicos antiguos y rígidos (cuarcitas, granitos y pizarras, principalmente), surcados por fallas, con líneas de sierra de orientación predominante Noroeste-Sureste cuya disposición ha condicionado el trazado de la red viaria a lo largo de la historia. Se trata además de un entorno de gran riqueza paisajística y diversidad biogeográfica, con multitud de nichos ecológicos y áreas poco transformadas por la mano del hombre, debido al predominio de aprovechamientos ganaderos y forestales, destacando las dehesas de encinas y alcornoques, que a veces cobijan renombrados cotos de caza mayor. En las áreas más propicias

se ha desarrollado una agricultura de secano, además de alguna huerta próxima a cursos de agua más o menos estables.

El área de estudio comprende un extenso óvalo de trazado artificial. Su delimitación se ha realizado en función de los rasgos geográficos de la zona, la ubicación de los yacimientos previamente conocidos y los objetivos del presente trabajo (figs. 1-3).



Figura 1. Localización del área de estudio.

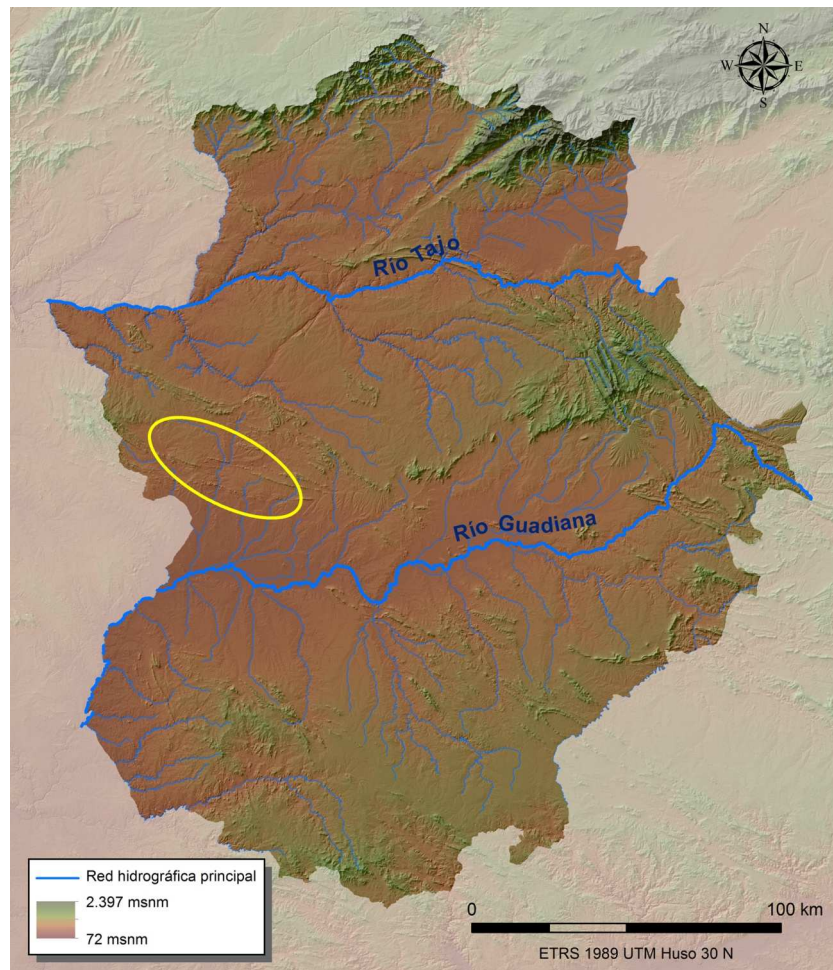


Figura 2. Localización del área de estudio en un modelo digital del territorio extremeño.

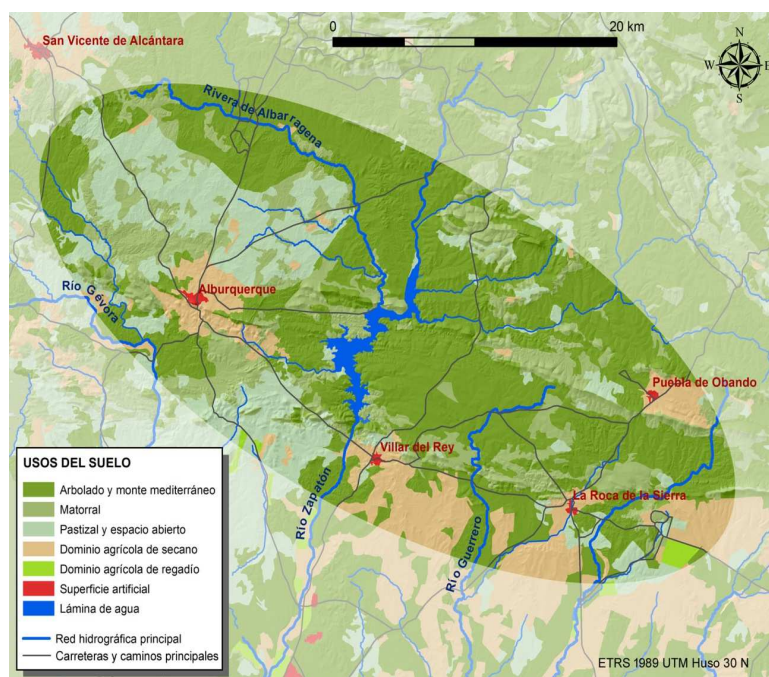


Figura 3. Mapa de usos actuales del suelo en el área de estudio. Elaboración propia a partir del *Corine Land Cover* -AGENCIA EUROPEA DEL MEDIO AMBIENTE, 2006-.

En el ámbito historiográfico podemos afirmar que mucho ha avanzado la Arqueología desde que José de Viu publicara a mediados del siglo XIX la que a día de hoy es la referencia más antigua que conocemos sobre dólmenes de la zona (Viu, 1852: 244 y 255). Sin embargo el estado de abandono en que se encuentran estos y otros yacimientos es idéntica a la de entonces, lo cual nos lleva a una reflexión sobre el largo camino que aún queda por recorrer, tanto en la investigación, como en la protección y difusión del abundante patrimonio arqueológico de la zona. Mucho queda por hacer y también por saber en relación a esta área, sobre todo una vez superadas concepciones clásicas de la Arqueología tradicional cuyo interés se ha centrado especialmente en los restos más monumentales, vistosos y dotados de un evidente trasfondo simbólico de la zona, tales como sepulcros megalíticos, pinturas esquemáticas y, en menor medida, petroglifos.

Nuestra área de estudio da la impresión de haber tenido tradicionalmente un carácter periférico, dentro de una región periférica como es la extremeña, y que a su vez se sitúa en un país periférico dentro de la órbita europea y a escala mundial. El escaso grado de industrialización de la zona y su baja densidad de poblamiento son factores que seguramente han jugado a favor de la conservación de su patrimonio arqueológico (probablemente también en el de su desconocimiento). Sin embargo, algunos de sus monumentos megalíticos han atraído desde las primeras décadas del siglo XX y hasta la actualidad la atención de un buen número de amantes de la Arqueología y la Prehistoria, desde simples aficionados a figuras señeras de reconocido prestigio nacional e internacional (Mélida Alinari, 1913, 1925, Hernández Pacheco y Cabrera Gallardo, 1916, J. C., 1918, Cabré Aguiló, 1923, Cabrera Gallardo, 1933, Breuil, 1933, Leisner y Leisner, 1959, Almagro Basch, 1965, Rivero de la Higuera, 1969, 1970, Grande del Brío, 1987, González Carballo, 1992, Collado Giraldo, 1997, Martín Bravo, 1999, Collado Giraldo y otros, 2006, Bueno Ramírez, 2002, Bueno Teodoro, 2002, Rubio Muñoz, 2002, Palomo Lechón y Palomo Lechón, 2014, Pérez Brun, s.a., Murillo González y Paoletti Ávila, 2015). Todos estos trabajos han contribuido de una u otra manera al estado actual de conocimientos, en lo que ha sido un proceso general acumulativo jalonado por breves intervenciones separadas por largos períodos de inactividad, con ausencia de proyectos de investigación de envergadura acometidos por profesionales. Las limitaciones teóricas, metodológicas y técnicas de épocas pasadas, el diferente estado de conservación de los sitios, la variable calidad de la información, o incluso la no publicación de algunas intervenciones antiguas, han añadido dificultad a la realización de este estudio. Tales cuestiones refuerzan por sí solas la pertinencia de nuestro trabajo.

Gran parte del atractivo de los monumentos megalíticos reside en el aura mítica y romántica que los envuelve, derivada en parte de su conexión con culturas ancestrales desaparecidas hace miles de años pero que dejaron monumentos capaces de resistir el paso del tiempo, que inspiran la curiosidad y la imaginación de quienes los contemplamos. La Arqueología proporciona las herramientas necesarias para un acercamiento riguroso al pasado capaz de diluir nebulas míticas. En este proceso de conocimiento es imprescindible ampliar el objeto de estudio más allá de los propios monumentos y sus contenidos, y analizar cuestiones como su inserción paisajística y la relación con otras evidencias de poblamiento para así obtener una visión más completa y compleja de su papel y significado.

3. LOS SEPULCROS MEGALÍTICOS DEL ÁREA DE ESTUDIO

Un rápido vistazo a la siguiente imagen basta para comprender el peso del fenómeno megalítico en la zona considerada (fig. 4). Además se han documentado pinturas rupestres esquemáticas, asentamientos de distinto tipo y cronología, indicios de ocupaciones menores, así como una estela de guerrero

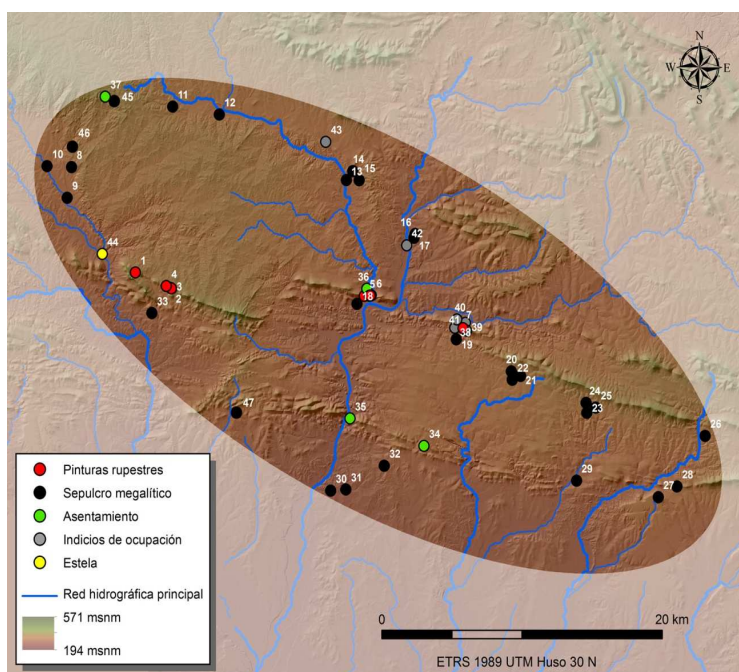


Figura 4. Distintas evidencias prehistóricas o protohistóricas del área de trabajo. 1: Abrigo de La Carava, 2: Abrigo A de San Blas, 3: Abrigo B de San Blas, 4: Abrigo C de San Blas, 5: Abrigo A de Azagala, 6: Abrigo B de Azagala, 7: Abrigo de Alpotreque, 8: Mayorga I, 9: Mayorga II, 10: Mayorga III, 11: Argaminos, 12: Piedrabuena, 13: Rivera de Albarragena I, 14: Rivera de Albarragena II, 15: Rivera de Albarragena III, 16: Cerro Cabrita I, 17: Cerro Cabrita II, 18: Dolmen de Azagala, 19: Dolmen de Alpotreque, 20: Leoncillo I, 21: Leoncillo II, 22: Leoncillo III, 23: León I, 24: León II, 25: León III, 26: Convento de Luriana, 27: Cueva del Moro, 28: Cueva del Monje, 29: Dolmen del Portugués, 30: El Costurón, 31: El Espartal, 32: Peña Hincada, 33: Cabezo de Marruecos, 34: Jabariega, 35: Las Mosqueras, 36: Azagala, 37: El Torrejón, 38: Covacha I de Alpotreque, 39: Fragmento de molino o moledera de Alpotreque, 40: Concentración de cerámicas de Alpotreque, 41: Covacha II de Alpotreque, 42: El Herradero, 43: Casa de Santa María, 44: Estela de Tres Arroyos, 45: Dolmen del Torrejón, 46: Mayorga IV y 47: Huerta de los Alandros.

del Bronce Final o Bronce Final-Orientalizante. No está de más recordar por su evidente interés la existencia de grabados rupestres al aire libre conocidos de antiguo, como la Piedra de las Herraduras, localizada al norte de la Sierra de La Carava (Hernández Pacheco y Cabrera Gallardo, 1916: 5-6). En trabajos previos se mencionan también otros posibles yacimientos prehistóricos, sin embargo, su escasa documentación exige prudencia. A veces la escasa precisión a la hora de ubicar los sitios ha impedido, o dificultado, su comprobación sobre el terreno. Para facilitar su visita damos a conocer aquí las coordenadas geográficas exactas de los sepulcros visitados (fig. 5). Los restos arqueológicos conservados *in situ*, como se verá son un documento histórico (o mejor dicho en este caso, prehistórico) de primer nivel en nuestra aproximación al pasado.

Código ID	Nombre	Coordenada X (m) ^a	Coordenada Y (m) ^a
8	Mayorga I	146196,53	4356990,40
9	Mayorga II	145879,68	4354984,74
10	Mayorga III	144454,40	4357052,74
11	Argaminos	153407,57	4360948,13
12	Piedrabuena	156735,35	4360436,83
13	Rivera de Albarragena I	165797,28	4356133,30
14	Rivera de Albarragena II	165835,44	4356291,86
15	Rivera de Albarragena III	166099,24	4356185,51
16	Cerro Cabrita I	170703,87	4352599,61
17	Cerro Cabrita II	170622,68	4352363,14
18	Dolmen de Azagala	166560,35	4348027,48
19	Dolmen de Alpotreque	173938,66	4346172,87
23	León I	183002,56	4341301,73
24	León II	183021,14	4341504,08
25	León III	183899,73	4341350,36
26	Convento de Luriana o Casa del Vidrio	191394,74	4339375,44
27	Cueva del Moro	188047,96	4335360,94
28	Cueva del Monje	189385,95	4336064,12
29	Dolmen del Portugués	182218,10	4336440,78
30	El Costurón	164684,09	4335785,94
31	El Espartal	165767,39	4335874,80
32	Peña Hincada	168505,91	4337424,10
33	Cabezo de Marruecos	151898,12	4347427,05
45	Dolmen del Torrejón	149056,52	4361300,93
46	Mayorga IV	146273,46	4358207,83
47	Huerta de los Alandros	157961,63	4340859,26

^a Sistema de referencia: ETRS 1989 UTM Huso 30 N.

Figura 5. Coordenadas geográficas de los sepulcros megalíticos visitados.

Desde la última publicación (Murillo González y Paoletti Ávila, 2015) se han incluido nuevos sepulcros, lo cual es un claro indicador de que no se trata de un catálogo completo ni cerrado, sino en continuo crecimiento. Conforme avance el conocimiento y se intensifiquen las prospecciones arqueológicas la cifra de sitios e indicios aumentará notablemente. No olvidemos el valor añadido derivado de su contrastación sobre el terreno (a excepción de los sepulcros de la finca Leoncillo y la desaparecida estela de Tres Arroyos). En relación a los sepulcros de Mayorga no hemos utilizado los nombres con que aparecen recogidos en publicaciones previas, principalmente para no caer en errores de identificación y para no reproducir posibles erratas anteriormente señaladas (Palomo Lechón y Palomo Lechón, 2014: 712).

En total se han visitado 26 sepulcros megalíticos. Las pautas observadas en relación a su localización y distribución se tratarán con mayor detalle más adelante, sin embargo, podemos avanzar que guardan una clara relación con el substrato geológico, la proximidad a los cursos de agua y a antiguos ejes de comunicación. Aunque en ocasiones resulta obvia la existencia de agrupaciones de tumbas (como en Rivera de Albarragena, Cerro Cabrita, etc.), identificar este patrón puede resultar problemático debido a la variabilidad de los trechos existentes entre ellas. Las distancias mínimas las encontramos entre Rivera de Albarragena I y II (150 m), León I y II (190 m) y Cerro Cabrita I y II (250 m).

En relación a las arquitecturas cabe señalar importantes diferencias de tamaño y materiales constructivos (figs. 6-25). También hemos podido constatar la variable entidad de los restos y su desigual estado de conservación gracias a una valoración meramente superficial, pues no hemos realizado excavaciones. Ha habido ocasiones en que los restos eran tan pobres que podrían haber pasado desapercibidos camuflados en el paisaje. La densa maleza que cubría el sepulcro León II dificultó tanto su comprobación que llegamos a dudar de que se tratara de una de estas tumbas. En otra ocasión nos topamos con un túmulo al parecer intacto y sin indicios visibles en superficie de cámara ni corredor (Rivera de Albarragena III). Su proximidad a otras dos tumbas, su morfología regular, grado de compactación y cima coronada por un viejo tocón, son indicios que nos movieron a incluirlo finalmente en nuestro catálogo.

Cuando los restos son escasos y están mal conservados las fotografías no les hacen justicia. Por ello deberán desarrollarse nuevas maneras de documentación y representación tridimensional que permitan mostrar rasgos a veces muy sutiles pero no obstante perceptibles *in situ*, como túmulos levemente destacados, ortostatos que apenas afloran unos centímetros, etc. Por otro lado, no todas las tumbas presentan grandes dimensiones (por lo que quizás referir-

se a todas como verdaderos “megalitos” podría llegar a considerarse excesivo). Algunas tumbas serían pequeñas en origen, otras han sufrido estragos que han limitado su entidad arquitectónica, o ambas cosas. Por motivos obvios los restos mejor conservados y monumentales son los que han atraído en mayor medida la atención de la gente, lo cual hace previsible la existencia de un número mayor de tumbas de pequeñas dimensiones que podrían haber pasado más percibidas, quizás a ellas se refería Cabrera Gallardo en uno de sus artículos (Cabrera Gallardo, 1933: 40).



Figura 6. Mayorga I.

Más allá de las diferencias constructivas estas tumbas pueden valorarse genéricamente como sepulcros colectivos bajo túmulo, con una cámara central de planta poligonal, frecuentemente de tendencia más o menos circular, y normalmente con un corredor de acceso más o menos visible, orientado generalmente hacia el Sureste. La cámara, el corredor y la cubierta se construyeron con lajas de piedra de dimensiones más o menos grandes, preferentemente granito, pero también cuarcita o pizarra. El granito permitía obtener ortostatos de grandes dimensiones y acabados cuidados (lo cual no implica necesariamente que

fuera así en todos los casos), mientras que por el contrario, la cuarcita y la pizarra son materiales más limitadores, que condicionan tamaños más pequeños y morfologías más irregulares de los ortostatos.

Los túmulos presentan por lo general un mal estado de conservación. Están conformados por una amalgama compacta de tierra y abundantes cantos rodados o bloques de tamaño medio de cuarcita y cuarzo. Cuando se conservan, podemos comprobar que sus dimensiones son variables y guardan una cierta proporción con el tamaño de la cámara. Los diámetros de estos montículos se situarían dentro de un rango que oscilaría entre los 10 m (Cabezo Marruecos) y los 35 m (Dolmen del Portugués y León I). Por lo general, las tumbas se encuentran destapadas, por lo que no sabemos si alguna estuvo cubierta por una falsa cúpula formada por aproximación de hiladas (tipo *tholoi*). El sepulcro Rivera de Albarragena I podría ser una pequeña cámara de acceso vertical (figs. 12, 26 n° 13). Salvo excepciones, la mayoría de las tumbas de la zona podrían considerarse dólmenes con grandes tapas de piedra por cubierta y corredor de acceso.



Figura 7. Mayorga II.



Figura 8. Mayorga III.



Figura 9. Mayorga IV.



Figura 10. Dolmen del Torrejón.

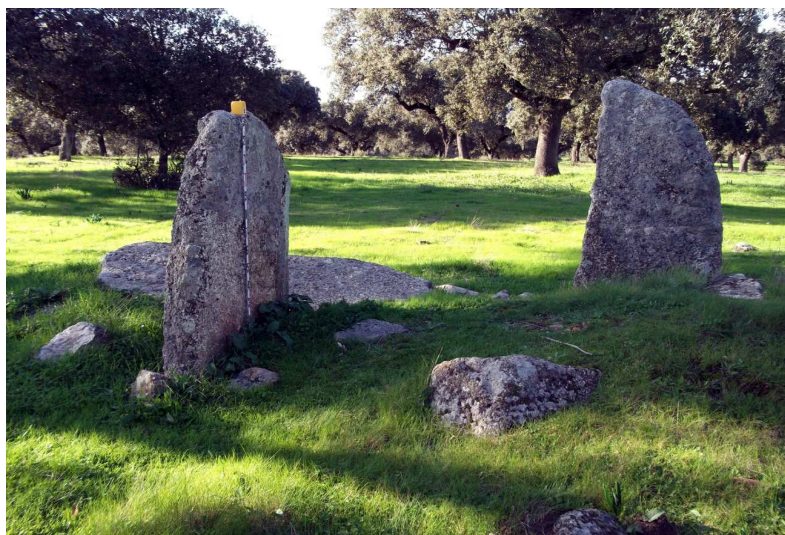


Figura 11. Argaminos.



Figura 12. Rivera de Albarragena I.



Figura 13. Rivera de Albarragena II.



Figura 14. Detalle de la cámara de Cerro Cabrita I.



Figura 15. Detalle de la cámara de Cerro Cabrita II.



Figura 16. Detalle del sepulcro de Azagala.



Figura 17. Dolmen de Alpotreque.

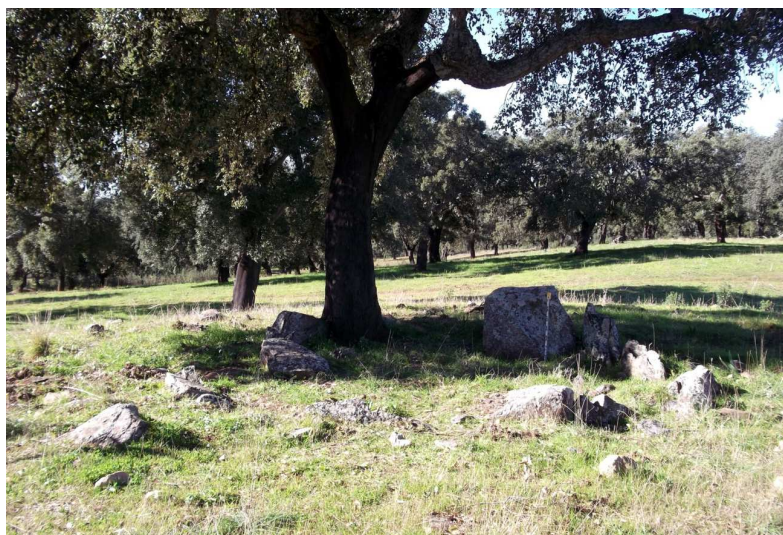


Figura 18. León I.



Figura 19. León III.



Figura 20. Detalle del sepulcro del Convento de Luriana.



Figura 21. Sepulcro de la Huerta de los Alandros.



Figura 22. El Costurón.



Figura 23. El Espartal.



Figura 24. Interior de la cámara de El Espartal.



Figura 25. Peña Hincada.

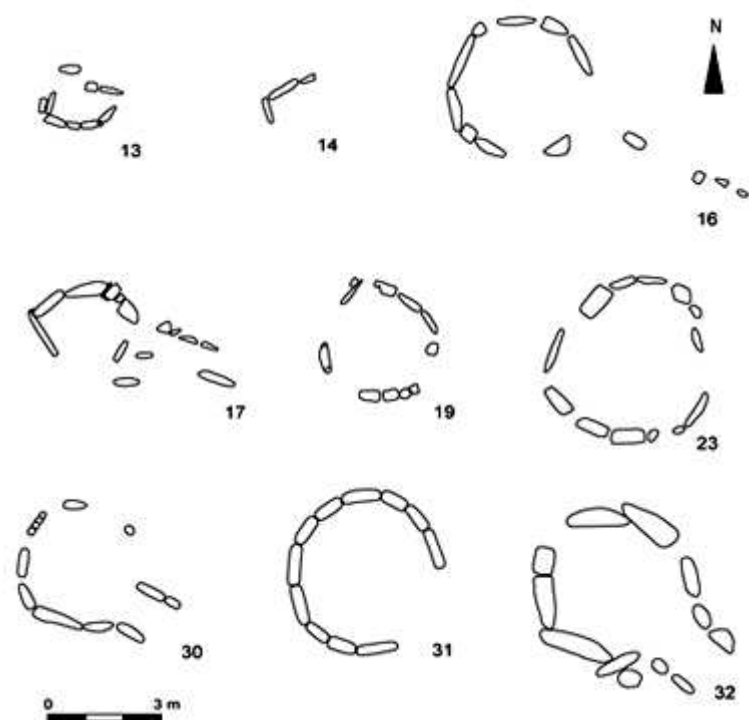


Figura 26. Croquis de las plantas de algunos sepulcros mencionados a lo largo del texto. 13: Rivera de Albarragena I, 14: Rivera de Albarragena II, 16: Cerro Cabrita I, 17: Cerro Cabrita II, 19: Dolmen de Alpotreque, 23: León I, 30: El Costurón, 31: El Espartal y 32: Peña Hincada.

El conocimiento que tenemos de los contenidos de estas tumbas es muy limitado debido a la escasez de intervenciones arqueológicas, la mala conservación de los restos y los frecuentes expolios. Según la información consultada, en nuestra área sólo han sido excavados arqueológicamente siete de estas sepulturas: Cueva del Moro y Cueva del Monje (Almagro Basch, 1965); El Costurón, El Espartal, Peña Hincada y Leoncillo I (Rivero de la Higuera, 1969, 1970); y finalmente Cabezo Marruecos (Rubio Muñoz, 2002). Mención aparte merecen las pesquisas de Aurelio Cabrera sobre intervenciones no arqueológicas acometidas en sepulcros de la zona, como el Dolmen de la Vega del Peso (en la dehesa de Mayorga), del que pudo recuperar algunos materiales (Hernández

Pacheco y Cabrera Gallardo, 1916: 7 y ss.), o las posibles tumbas tumulares de cronología más indefinida de la dehesa de Azagala (Hernández Pacheco y Cabrera Gallardo, 1916: 9-10, Cabrera Gallardo, 1933: 40).

Del interior de los sepulcros se han recogido principalmente: puntas de flecha, microlitos trapezoidales, láminas de sílex, hachas de piedra pulimentada, cerámicas diversas modeladas a mano, ídolos-placa, cuentas de collar, “bastones de mando” y una laminita de cobre (Hernández Pacheco y Cabrera Gallardo, 1916, Almagro Basch, 1965, Rivero de la Higuera, 1970). En nuestras visitas hemos podido registrar un fragmento amorfo de cerámica elaborada a mano en El Espartal y un trozo de molino de vaivén de granito en Mayorga IV.

4. EL PAISAJE DE LOS SEPULCROS MEGALÍTICOS

La ausencia de analíticas realizadas a partir de muestras recogidas en sitios de la zona, para esclarecer cuestiones paleoeconómicas y paleoambientales, es un impedimento evidente a la hora de aproximarnos con rigurosidad a la realidad paisajística de la época que nos ocupa. Las características geológicas y geomorfológicas de la zona, así como el escaso nivel de alteración antrópica, permiten presuponer la ausencia de grandes cambios morfológicos en los últimos milenios. Quizás por todo ello no resulte muy difícil imaginar cómo sería el paisaje del que formaban parte las tumbas consideradas, claro está que con notables limitaciones, siendo imposible descender a un nivel de detalle. Podemos imaginar, tras eliminar alteraciones como construcciones modernas, cultivos actuales, el embalse de la Peña del Águila, las canteras, etc., un espacio ecológicamente diverso ocupado en su mayor parte por un bosque mediterráneo y surcado por bosques-galería (ripisilva) junto a los cauces. A pesar de la ausencia de fronteras naturales verdaderamente infranqueables, para minimizar el esfuerzo invertido en transitar por este espacio se tendrían muy en cuenta los puntos por donde los ríos se pueden cruzar más fácilmente y los pasos que permitirían atravesar las sierras con mayor comodidad.

El paisaje suele entenderse en la Arqueología del Territorio y del Paisaje como un complejo sistema donde confluyen de manera dinámica elementos y factores bióticos y abióticos estrechamente interrelacionados entre sí, donde resulta imprescindible la intervención humana, pues sólo en tal caso podemos hablar de “paisaje” y no meramente de “medio natural”. Los SIG permiten su estudio mediante su reducción a capas de información que pueden superponerse. Al solapar la capa de indicios de poblamiento, la red hidrográfica principal y un mapa geológico de la zona obtuvimos el siguiente resultado (fig. 27). Según parece, la geología jugó un papel muy importante no sólo en la distribu-

ción de los dólmenes, sino también en lo relativo a los materiales utilizados para su construcción. Tanto los dólmenes como el resto de evidencias de poblamiento suelen situarse próximos a los bordes de batolitos graníticos, a puntos de paso en las sierras y generalmente también a los cursos de agua.

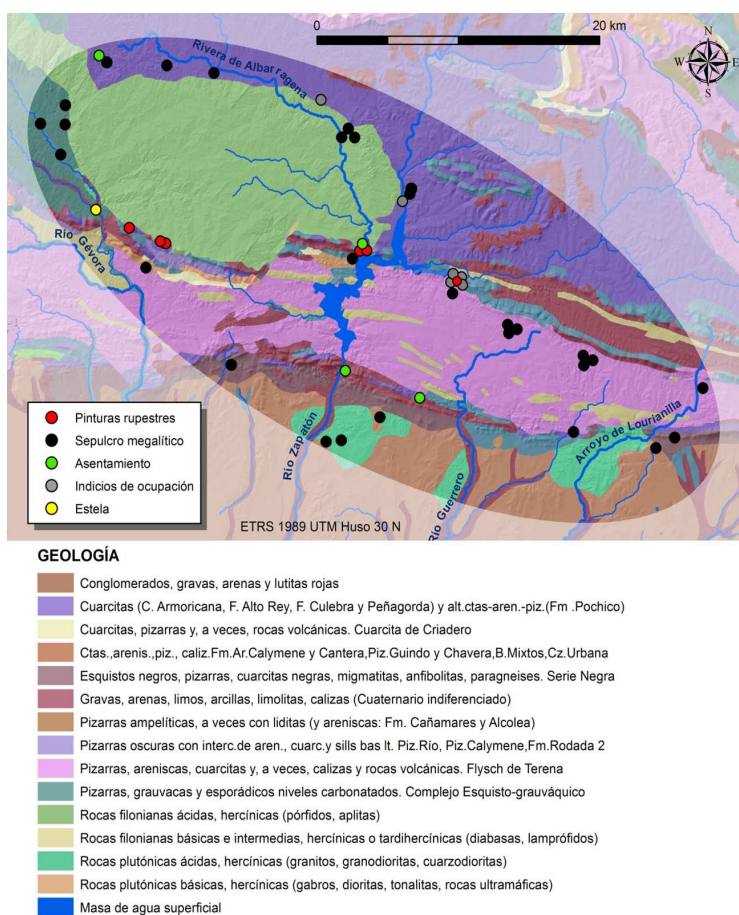


Figura 27. Geología de la zona, red hidrográfica principal e indicios de poblamiento prehistórico o protohistórico. El mapa geológico se ha realizado a partir del *Mapa litoestratigráfico y de permeabilidad de España* (DIRECCIÓN GENERAL DEL AGUA DEL MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE E INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO DE ESPAÑA, 2006).

Para la construcción de los ortostatos se utilizó preferentemente el granito, siempre que se dispusiera de este material en un entorno más o menos inmediato al lugar elegido para localizar la sepultura. De no ser así, el pragmatismo prevalecía y se utilizaban otros materiales, como cuarcitas y pizarras. En dos ocasiones se han documentado cámaras construidas en cuarcita pero con un único bloque de granito (Cabezo Marruecos y Cerro Cabrita II). En relación a Cerro Cabrita II debe destacarse su proximidad a Cerro Cabrita I, que está construido en granito íntegramente, salvo quizás algún ortostato de la galería. Desconocemos si el tipo de material utilizado jugó un papel simbólico dentro de las creencias de sus constructores, pero lo cierto es que observamos una cierta variabilidad en este sentido. En cualquier caso, el granito permitió construir sepulturas de mayores dimensiones y con una factura más cuidada. No olvidemos que estas construcciones estaban cubiertas por túmulos, por lo que ciertos detalles arquitectónicos que hoy acaparan nuestra atención antiguamente no serían visibles desde el exterior. La abundancia de bloques de cuarzo blanco en los restos del túmulo de Cerro Cabrita I contribuirían a realzar visualmente el exterior de la tumba.

Los dólmenes se construían preferentemente en sitios con una cierta prominencia, lo cual incrementaba su visibilidad y realizaba su monumentalidad, además de evitar inundaciones. Los dólmenes se situaban por lo general próximos a corrientes de agua. Para analizar esta relación se obtuvieron las distancias más cortas de cada tumba al curso de agua más cercano, luego representamos los resultados en sendos histogramas de frecuencias: el primero elaborado con las distancias a los cursos principales (fig. 28), y el segundo considerando cualquier corriente independientemente de su entidad (fig. 29). Las cifras se obtuvieron automáticamente en ArcGIS a partir del archivo vectorial (formato *shape*) de cursos de agua de la Confederación Hidrográfica del Guadiana (CHG), considerando como cursos principales los tipos 4 y 6 de la categoría “SUBRED” (que son los representados en las fig. 4).

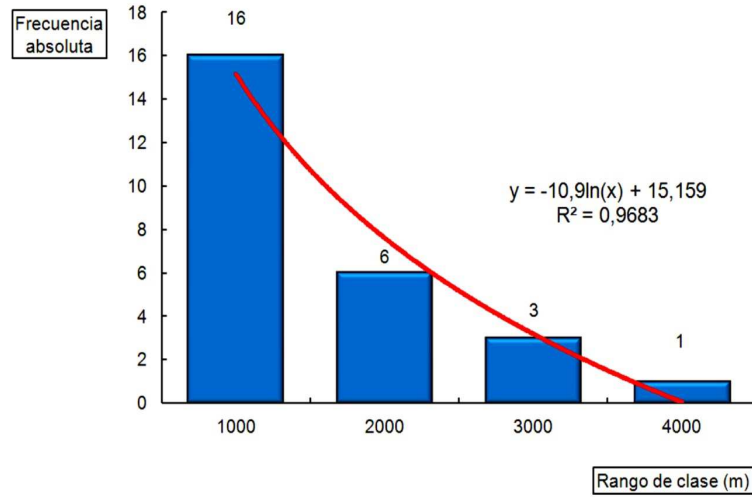


Figura 28. Histograma de frecuencias y curva de síntesis de las distancias mínimas entre las tumbas y los cursos de agua principales.

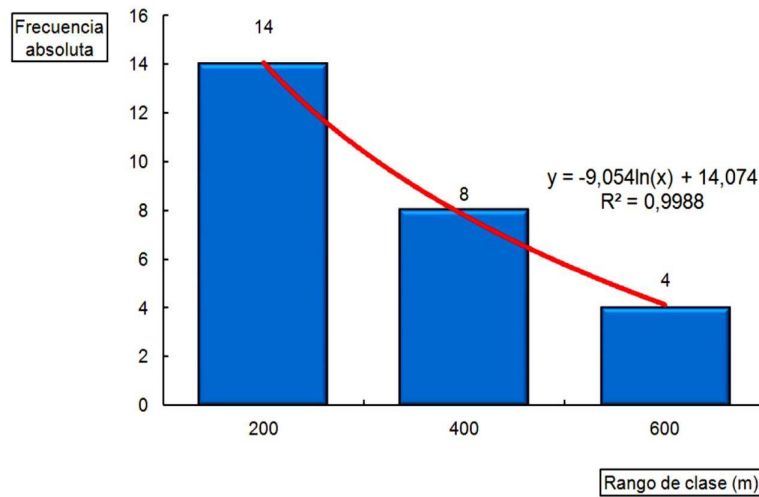


Figura 29. Histograma de frecuencias y curva de síntesis de las distancias mínimas entre las tumbas y cualquier corriente de agua representada en la capa vectorial de CHG.

Los gráficos coinciden en mostrar una pauta estadísticamente significativa consistente en la ubicación de las tumbas en áreas próximas a cursos de agua. Este patrón, que indica una clara intencionalidad, seguramente se deba a distintos factores tanto directos como indirectos. En primer lugar, el agua sería por lo general un recurso necesario durante el proceso de obtención de los ortostatos. El uso del agua durante la extracción de la piedra en la cantería tradicional es bien conocido. Por este motivo, extraer los ortostatos cerca de fuentes de agua supondría un ahorro de trabajo evidente. En segundo lugar, las zonas adyacentes a estos cursos de agua serían las más ocupadas, explotadas y transitadas, por ello estas tumbas se situaban preferentemente en ellas. No olvidemos que estas tierras serían las más codiciadas por comunidades preindustriales como las estudiadas, no sólo por la importancia del agua, recurso imprescindible para la vida de personas, animales y plantas, sino porque además en su entorno suelen localizarse las mejores tierras de cultivo y pastos verdes todo el año. Sin olvidar que los ríos y arroyos funcionarían en la antigüedad además como verdaderos ejes de comunicación.

Los sepulcros megalíticos son tumbas colectivas concebidas para perdurar por los siglos de los siglos como hitos artificiales estáticos y visibles en el territorio. La arquitectura en piedra tiene la virtud de la perdurabilidad, cualidad buscada de un modo muy consciente. Estos hitos estaban además concebidos para destacar en el paisaje. Hay muchas maneras posibles de construir tumbas duraderas infinitamente más discretas, y sin embargo se construyeron túmulos en ocasiones imponentes, lo cual indica un claro afán monumentalizador.

Para valorar el potencial visual de estos sepulcros hemos calculado en ArcGIS sus cuencas visuales para distintos radios, a partir del centro de cada tumba, añadiendo 1,6 m de altura para restablecer en lo posible la parte perdida de los túmulos, utilizando un MDT actual de 5 m de tamaño de píxel. Las cifras resultantes deben considerarse como meramente orientativas, útiles en la medida en que se han obtenido con la misma metodología y un entorno sin grandes alteraciones topográficas derivadas de la actividad humana (fig. 30).

Desconocemos cuestiones tan importantes para la visibilidad de las tumbas como el tipo de vegetación circundante, aunque por nuestra propia experiencia en el trabajo de campo, pensamos que estos sepulcros deberían considerarse como un testimonio indirecto de antigua deforestación, al menos de su entorno más inmediato. No hay túmulo por monumental que sea ni por bien ubicado que esté que una densa maraña de árboles y arbustos no sea capaz de ocultar a la vista, cuando en realidad lo que se pretendía era que el monumento no pasara inadvertido.

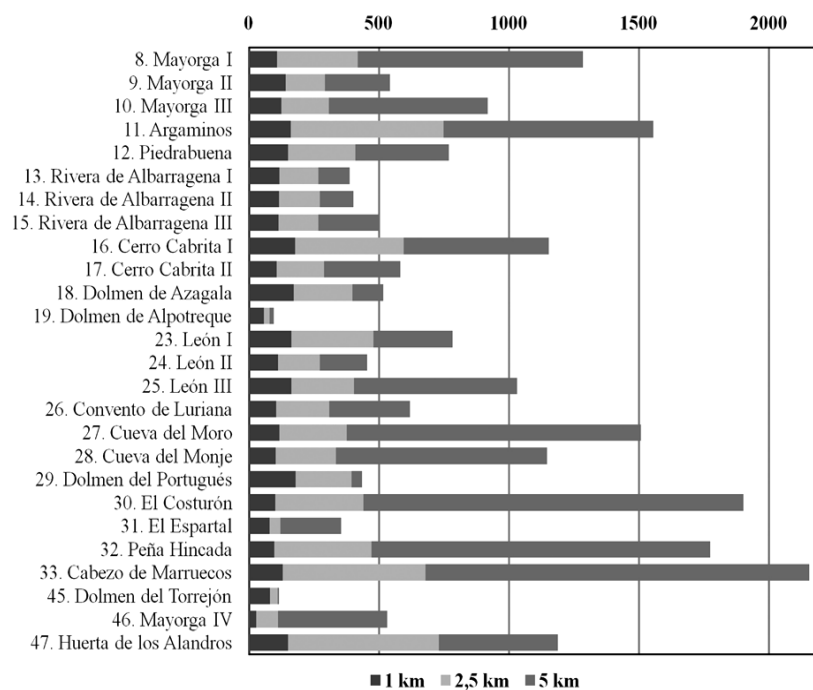


Figura 30. Cuantificación del terreno visible desde las tumbas para distintos radios (en ha).

La porción de terreno teóricamente visible desde cada tumba (que a grandes rasgos coincide con aquella desde la que la tumba es divisada) es muy variable en cada caso, como refleja el gráfico. Tal disparidad coincide con la diversidad de inserciones paisajísticas que presentan: unas tumbas se sitúan en terrenos llanos o suavemente alomado (por ejemplo: El Espartal, los de Mayorga o los de Rivera de Albarragena), otras están al pie de sierras o en los propios pasos que las cruzan (como el Dolmen del Portugués, el de Alpotreque y el de Azagala), o incluso en lugares elevados con una marcada prominencia paisajística (Cabezo Marruecos, Huerta de los Alandros y Cerro Cabrita I, por ejemplo).

Las enormes disparidades en las cuencas visuales, que no parecen guardar relación con el tamaño de los monumentos ni con los materiales utilizados en su construcción, puede explicarse aludiendo a la importancia de un criterio cualitativo frente a uno meramente cuantitativo (como es el que precisamente refleja el gráfico anterior). Cuando se construyeron las tumbas no importaría tanto que se vieran desde una gran porción de terreno y a gran distancia (al menos no en todos los casos), como que se pudiesen observar desde lugares o zonas de especial interés, tales como ejes de comunicación o caminos, puntos de paso, zonas de laboreo, asentamientos, etc. En la mayoría de las ocasiones sencillamente bastaría con que la tumba se viera desde donde los constructores consideraron que debía verse. Como ejemplo podemos citar el Dolmen de Alpotreque, el menos visible en términos cuantitativos, ubicado en un paso de la Sierra de San Pedro de tal manera que sería imposible atravesar por este punto sin entrar en su cuenca de visibilidad. Lo mismo sucede en relación al Dolmen del Portugués.

La relación de intervisibilidad con los asentamientos es muy difícil de valorar todavía a la luz de los datos con que contamos. El desconocimiento de los lugares de habitación asociables a las tumbas megalíticas suele ser un fenómeno habitual que afortunadamente en los últimos años se está superando. Aunque antes de nuestra prospección se desconocían asentamientos cronológicamente afines a los sepulcros megalíticos en el área aquí considerada, descubrimientos cercanos como la fase calcolítica de El Jardinero (Bueno Ramírez y Balbín Behrmann, 1991, Bueno Ramírez y Vázquez Cuesta, 2008: 103) y quizás también de Torre Albarragena (Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila, 1999: 22), nos permitían albergar esperanzas de encontrar algún poblado de esta época.

Dejando a un lado sitios de diferente cronología como Las Mosqueras (del Bronce Final), Azagala (Bronce Final/Orientalizante), o El Torrejón (tipológicamente compatible con un castro prerromano); debemos incidir en el descubrimiento de un poblado calcolítico en altura, Jabariega (fig. 31). Se trata de un pequeño asentamiento estratégico, localizado sobre un alto destacado en la sierra, junto a un paso natural y con evidencias superficiales de haber contado con muralla (fig. 32). El emplazamiento destaca como hito natural por su prominencia, siendo fácilmente identificable desde decenas de kilómetros. En su tiempo debió ser un referente visual de primera magnitud, vinculado además a un interés estratégico por el control del territorio y las rutas de comunicación. La altura a la que se sitúa implicaría una clara ventaja defensiva en un poblado que además estaría amurallado.



Figura 31. Dolmen de Peña Hincada con el alto de Jabariega al fondo a la izquierda, distante del sepulcro 3100 m en línea recta.

Los materiales recogidos en superficie, aunque escasos y fragmentados, permiten proponer una cronología calcolítica (figs. 33-35). Las cerámicas, siempre modeladas a mano, presentan cocciones más o menos irregulares, desgrasantes medianos y gruesos, con acabados que van del alisado al bruñido, conservándose en ocasiones los engobes rojos característicos de la época. Entre las formas encontramos platos de borde almendrado, ollas globulares, ollas de borde grueso, un fragmento de carena y una típica pesa de telar de barro con dos perforaciones (fig. 34). Se trata de materiales bien conocidos en otros asentamientos calcolíticos de la cuenca media del Guadiana (Enríquez Navascués, 1990, Murillo González, 2014: 186-192). El mamelón recogido (fig. 34, nº 16) no perteneció a un recipiente al uso, sin embargo no se ha conservado la forma completa. También recogimos algunos fragmentos de molinos de vaivén, un machacador y una pella de barro con improntas vegetales, material también característico de los poblados de la época. Las pellas normalmente se asocian a restos de viviendas, que en estos momentos eran pequeñas cabañas de planta oval o circular, con o sin zócalo de piedras, construidas con materiales vegetales e impermeabilizadas con barro. La diversidad tipológica y funcional de los materiales reflejan actividades propias de un poblado, como son la

molienda, la cocina-comida de alimentos y la elaboración textil. Los restos de la muralla y la presencia de pellas de barro con improntas permiten suponer la presencia de estructuras habitacionales y defensivas.



Figura 32. Evidencias superficiales de una posible muralla

Otros sitios de la zona presentan más problemas a la hora de afinar su cronología:

– El Herradero: consistente en un conjunto de tres molinos de vaivén hallados cerca del río Zapatón (fig. 36), no muy lejos de los sepulcros de Cerro Cabrita (concretamente a 700 m en línea recta de Cerro Cabrita II, el más próximo).

– El paso de Alpotreque: con dos covachas, un abrigo con pinturas rupestres, cerámicas a mano y un fragmento de molino o molededera (Murillo González y Paoletti Ávila, 2015: 2045-2047). El dolmen de Alpotreque se sitúa a 300 m en línea recta del abrigo con pinturas.

– Casa de Santa María: dos grandes molinos de vaivén con algunos trozos amorfos de cerámica en sus inmediaciones.

– A estos indicios cabría añadir un fragmento de molino de vaivén hallado en el túmulo de Mayorga IV.

Todos ellos tienen en común la presencia de molinos de vaivén. Desgraciadamente la utilización de estos elementos como fósiles directores es problemática pues según parece apenas sufrieron variaciones durante toda la Prehistoria Reciente y buena parte de la Protohistoria, es decir, se usaron durante una banda temporal de miles de años, desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro, pasando por las Edades del Cobre y del Bronce. Actualmente en ausencia de otros elementos con mayor definición cronológica, los molinos de vaivén o barquiformes únicamente permiten asignar una cronología grosera prehistórica y/o protohistórica.



Figura 33. Selección de cerámicas de Jabariega

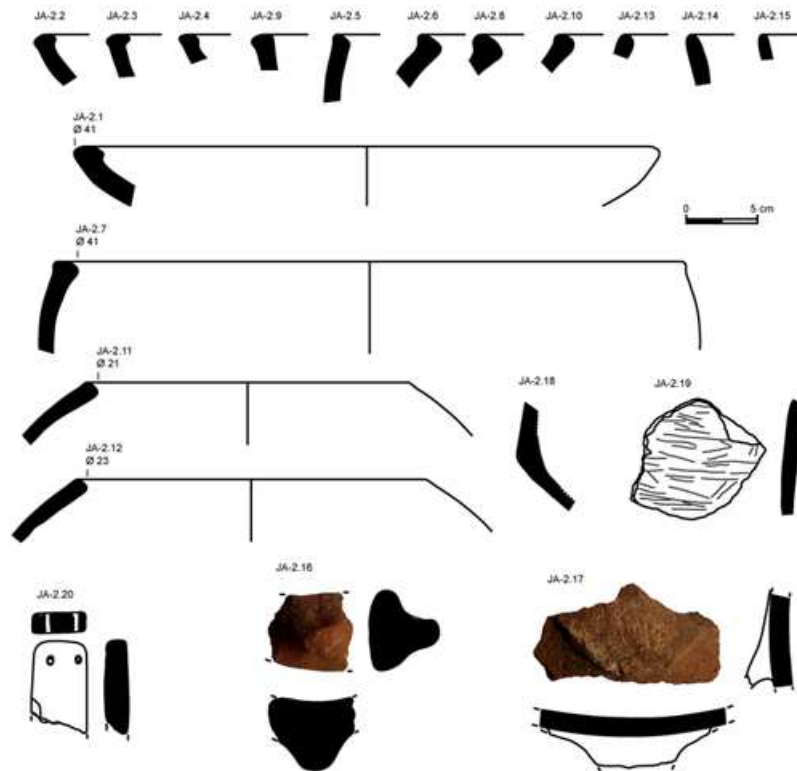


Figura 34. Formas cerámicas de Jabariega.



Figura 35. Fragmentos de molinos de granito y machacador de cuarcita de Jabariega.



Figura 36. Molino de El Herradero.

5. LA SIERRA DE SAN PEDRO: CLAVES PARA LA COMPRESIÓN DE UN PAISAJE MONUMENTALIZADO

A lo largo de este artículo hemos realizado una necesaria puesta al día sobre el fenómeno megalítico en la zona sur de la Sierra de San Pedro. Esta labor se ha fundamentado por un lado en la revisión de trabajos previos y por otro en la salida al campo para contrastar las evidencias *in situ*. Durante el proceso han sido de gran ayuda las NTIC.

No está de más recordar la existencia de otras evidencias de poblamiento antiguo, como pinturas rupestres esquemáticas, poblados de diferentes cronologías, restos de posibles ocupaciones de menor entidad, una estela de guerrero y grabados rupestres. Ni desde una óptica geográfica ni arqueológica nuestra área constituye una realidad singular o cerrada, sino que por el contrario participa plenamente de los rasgos detectados en áreas próximas, tanto a uno como a otro lado de la frontera con Portugal (Bueno Ramírez, 2002, Bueno Ramírez y otros, 2006, Bueno Ramírez y Vázquez Cuesta, 2008, Cerrillo Cuenca y otros, 2013). Los límites del área de estudio aquí considerada son totalmente artificiales, motivados en gran medida por la necesidad de acotar la zona de interés, por mero pragmatismo. En las proximidades, pero fuera de la misma, se sitúan el Dolmen del Torrico de San Pedro y los de Juan Durán (González Carballo, 1992).

A pesar de los vacíos de información existentes sabemos con seguridad que los dólmenes eran tumbas, lo cual no es poco, pues en el caso de las pinturas rupestres, por ejemplo, desconocemos la función o funciones originales que las motivaron, siendo sus significados objeto de especulación. Los dólmenes, sin embargo eran sepulcros colectivos, imbuidos de una fuerte carga simbólica, pero susceptibles también de leerse en claves sociales y económicas. En esencia, estos sepulcros de piedra cubiertos por túmulos en su momento buscaron desafiar el paso del tiempo, como hitos artificiales destacados en el paisaje capaces de transmitir una serie de ideas con una indudable proyección hacia el futuro.

El enterramiento en sepulcros megalíticos no fue la única modalidad funeraria existente durante el Neolítico y el Calcolítico, aunque probablemente sí la más monumental, por ello también es la más fácil de detectar en prospecciones superficiales, la más difundida y la que más interés ha despertado tradicionalmente. Sin embargo, dentro del polimorfismo funerario de estas épocas tenían cabida otras fórmulas que por sus características hoy día pasan más desapercibidas, como los enterramientos en cuevas o en estructuras excavadas en

el suelo, modalidades funerarias que en muchos casos compartirían espacio y tiempo con los sepulcros megalíticos.

Por encima de las diferencias detectadas entre los monumentos funerarios considerados, observamos una cierta unidad conceptual, producto de un importante grado de normativización ritual, lo cual estaría en perfecta sintonía además con rasgos recurrentes en relación a los ajuares funerarios conocidos y a la orientación predominante de las galerías (hacia el Sureste, aunque con variaciones). La variabilidad observada en los tamaños, arquitecturas, materiales constructivos o inserciones paisajísticas se debería a diferencias en los deseos, capacidades, posibilidades o necesidades de sus constructores en cada caso concreto. Es decir, que a pesar de existir una cierta unidad conceptual, funcional e incluso ritual dentro de esta tipología funeraria, también se observa una variabilidad que pudo estar condicionada por múltiples factores.

Los sepulcros megalíticos se situaron preferentemente próximos a cursos de agua, a puntos de paso obligados para atravesar las sierras y a los bordes de batolitos graníticos. Es decir, en entornos de especial interés para el poblamiento, el desarrollo de actividades agropecuarias y el tránsito. En realidad se trata de factores de atracción del poblamiento de dilatada vigencia que explican en gran medida la distribución de restos arqueológicos de diferentes épocas en nuestra área de estudio (Murillo González y Paoletti Ávila, 2015).

La mayoría de las tumbas se encuentran semidestruidas y expoliadas de antiguo, sólo se han excavado arqueológicamente unas pocas, y a decir verdad con muy magros resultados. En su interior se inhumaron diferentes individuos con sus respectivos ajuares funerarios, habiéndose documentado: puntas de flecha, microlitos trapezoidales, cuchillos de sílex, hachas pulimentadas, algunas cerámicas, cuentas de collar, ídolos-placa y “bastones de mando”, principalmente. Se trata de materiales más o menos habituales en sepulcros megalíticos, claramente resultado de una selección pautada, no producto del azar, condicionada por el trasfondo simbólico de estos contextos funerarios. Aunque no es raro encontrar estos materiales en asentamientos de la época, al comparar los contextos habitacionales con los funerarios se observan diferencias en la cantidad, en la representatividad, en las asociaciones materiales, e incluso en las actividades reflejadas en uno y otro sitio. Por ejemplo, materiales frecuentes en poblados como los molinos de vaivén y las pesas de telar (relacionados con tareas cotidianas como la molienda y la actividad textil, respectivamente), no suelen aparecer en el interior de los sepulcros megalíticos.

Resulta muy complicado y arriesgado intentar trascender la evidencia material, tan pobre en ocasiones, para tratar de bucear en el universo simbólico

de estas comunidades. A pesar de lo dicho, y aún a sabiendas de estar adentrándonos en terreno minado, se pueden plantear una serie de hipótesis capaces de dotar de contenido y significado al megalitismo de la zona (aunque no exclusivas de esta). Para empezar, podría aceptarse la existencia de un antiguo sistema de creencias y ritos más o menos normativizado y compartido, en el que tendría cabida la confianza en una realidad más allá de la muerte. Los difuntos (o al menos algunos de ellos) se enterrarían con objetos que de algún modo se pensaba que les podrían ser útiles en el más allá. La visión que tenemos en la actualidad de los ajuares está muy sesgada por el carácter perecedero de algunos de los materiales que los compondrían. En este sentido, las puntas de flecha podrían ser los únicos elementos conservados de conjuntos armamentísticos compuestos por arcos, aljabas y flechas, las hachas de piedra pudieron estar enmangadas, así como los cuchillos y microlitos. Estos últimos seguramente formarían parte de útiles compuestos que no se han conservado íntegros. Las cerámicas se utilizarían para contener bebidas y comidas como es bien sabido, aunque no habría que descartar que contuvieran además unguentos u otros líquidos, sustancias medicinales, o incluso servir como lámparas.

La función de las flechas como armas arrojadas ofrece pocas dudas. Las hachas por el contrario son útiles con una cierta polifuncionalidad, al igual que los cuchillos y los microlitos trapezoidales. Todos ellos tienen en común no obstante su utilidad como herramientas de corte. Podría sugerirse que al menos algunos difuntos habrían sido despedidos pertrechados para la caza o la guerra, actividades que en el seno de sociedades tradicionales pueden ser fuente de prestigio por las cualidades asociadas a su maestría (fortaleza, rapidez, resistencia, habilidad, inteligencia, valentía...).

En función de la información conocida en nuestra área y especialmente en otras de la geografía extremeña, puede decirse que no se detectan objetos de un singular valor en el interior de los sepulcros colectivos, al menos hasta momentos avanzados del Calcolítico. Ello podría indicar el predominio de un cierto igualitarismo donde el papel del individuo parece diluirse en el seno del grupo, al menos tras la muerte. En gran medida las prácticas funerarias pueden entenderse como trasunto de las estructuras sociales, familiares y económicas que regularon el mundo de los vivos, aunque esta relación no es simple ni ajena a cuestiones de índole simbólica y ritual. Estas antiguas comunidades, en cuya estructuración serían muy importantes los lazos de parentesco, se organizarían, a un nivel básico, en grupos familiares extensos o clanes. Probablemente los sepulcros megalíticos deban entenderse como verdaderos panteones familiares, planteamiento muy interesante sugerido por distintos investigadores

que no impide que reconozcamos el gran desconocimiento que aún tenemos sobre las normas que regularían el rito o los ritos de paso a la muerte de estas comunidades.

En realidad sabemos relativamente poco sobre las normas que regularían: el que un individuo tuviese o no derecho a enterrarse en una de estas tumbas, los ajuares funerarios con que debía despedirse, o los ritos y celebraciones vinculadas al hecho de la muerte. Las entradas de los sepulcros se orientan preferentemente hacia el Sureste (o Este-Sureste), pauta bien conocida y tradicionalmente explicada en función de la salida del Sol en los solsticios de invierno. Podemos suponer que estas comunidades asociarían de algún modo los movimientos astrales con el ciclo de la vida y la muerte. El fin del año viejo y el inicio del nuevo se relacionaría con la muerte del individuo y el comienzo de su vida en el más allá. La sucesión de las estaciones a lo largo del año, de las distintas fases lunares y, finalmente de los días y las noches, muestran una evidente conexión con el Sol y la Luna. La recurrencia cíclica, y por ello previsible, de estos fenómenos fácilmente detectables sin necesidad de conocimientos avanzados de astronomía, geometría o matemáticas, permitió establecer referencias temporales útiles para la organización de la vida de estas gentes, que ordenarían a partir de ellas actividades y tareas diversas, como las diferentes labores del campo, sus celebraciones, etc.

Los sepulcros megalíticos no serían únicamente tumbas, sino también contenedores y preservadores de la memoria del pasado, legitimadores de situaciones sociales y económicas de su presente, y capaces de difundir en el futuro mensajes como el deseo de permanencia, que en realidad constituía una declaración de intenciones, una aspiración o meta a lograr. El discurso del que parecen hacerse eco podría relacionarse con la legitimación de la propiedad de la tierra, cuestión del máximo interés en el seno de comunidades básicamente sedentarias y de economía fundamentalmente agropecuaria como las aquí estudiadas. El respeto a los ancestros inhumados, que podría entenderse incluso como fundamento de un culto a los antepasados, dotaría de un fuerte contenido simbólico a un discurso legitimador que aunaría pasado, presente y futuro.

Poco podemos aportar a la adscripción cronológica y cultural de los dólmenes de la zona, pues el megalitismo es un fenómeno compartido por diferentes comunidades a lo largo de una dilatada cronología circunscrita *grosso modo* al Neolítico y Calcolítico (Bueno Ramírez, 2002, Prada Gallardo y Cerrillo Cuenca, 1996-2003). Hace algunos años publicamos un esquema aún válido para contextualizar en el territorio extremeño conceptos como: Neolítico, Calcolítico y Megalitismo (Murillo González, 2007: 144). La información con que

contamos en nuestra área de estudio no permite asegurar la estricta sincronía de los sepulcros (aunque tampoco negarla). En la cuenca media del Guadiana la Edad del Cobre o Calcolítico (III milenio a. C.) se considera una etapa de apogeo poblacional, con una densidad de sitios que en muchos espacios no volvería a darse hasta el Imperio Romano, eso sí, en el seno de modelos de poblamiento diferentes y en un contexto histórico también distinto (Murillo González, 2014). Los nexos entre el fenómeno megalítico y el Calcolítico son muchos y claros y no creemos necesario profundizar aquí en ellos. Recordemos no obstante, por su estrecha relación con el mundo funerario y su proximidad geográfica, el hallazgo de ídolos-placa en los poblados calcolíticos de Santa Engracia (Celestino Pérez, 1989: 315-316) y El Lobo (Molina Lemos, 1977, 1980), ambos en los alrededores de Badajoz.

Durante la Edad del Cobre se ha señalado repetidamente una cierta diversidad de situaciones dentro de la región extremeña, aunque dentro de un proceso general de complejidad social creciente (Hurtado Pérez, 1999, Enríquez Navascués, 2007, Murillo González, 2012, 2014: 43-116, 179-199). A pesar de ello, la Arqueología no ha sido aún capaz de identificar claramente grandes diferencias sociales, o liderazgos personales marcados (lo cual no significa necesariamente que no los hubiera). De existir, podrían haber quedado aparentemente encubiertos por un ideal colectivista o comunitario donde el papel del individuo quedaría subordinado al del grupo.

No sería difícil suponer una mentalidad natalista muy propia de regímenes demográficos antiguos en relación a comunidades preindustriales como las aquí estudiadas, donde una amplia y sana descendencia supondría numerosas ventajas. El nivel de riqueza, poder y prestigio de los grupos familiares estaría muy relacionado con su capacidad para engendrar una amplia descendencia capaz de incrementar la fuerza de trabajo, el potencial guerrero y el número de enlaces matrimoniales. Estos últimos podrían entenderse como fundamentos principales en la redes de alianzas establecidas con otros grupos, que a la postre revertirían en beneficio del propio grupo familiar, favoreciendo al mismo tiempo la estabilidad económica y social de los distintos territorios. Lograr una numerosa descendencia y establecer una red de alianzas duradera con otros grupos sentaría las bases que garantizarían la prosperidad y la longevidad del linaje. Todo ello es perfectamente compatible con los deseos de permanencia que los sepulcros megalíticos simbolizan.

En alguna ocasión se ha definido a los constructores de dólmenes como “comunidades de paso” probablemente sin verdaderos poblados estables (Galán Domingo y Martín Bravo, 1991). Esta teoría se fundamentaba en la estrecha

relación del fenómeno megalítico con los ejes naturales de comunicación y en el importante desconocimiento de poblados permanentes asociables a estas tumbas de un modo recurrente. En función de los datos conocidos pensamos que hay indicios que avalan un importante grado de fijación al territorio de estas comunidades, en el seno de una economía fundamentalmente productora aunque con un importante grado de diversificación (es decir, basada en la agricultura y la ganadería pero con un importante peso de la recolección, la caza, la pesca, el comercio, etc.), compatible en cualquier caso con las posibilidades del entorno ocupado y en sintonía con su nivel de desarrollo tecnológico.

El tradicional desconocimiento de los asentamientos prehistóricos en esta y otras áreas geográficamente similares se debe en gran medida a que o bien no se han buscado, o bien no se han buscado correctamente (bien por falta de interés, de formación o de recursos). Tampoco ayuda en absoluto el tipo de aprovechamiento dominante, de tipo extensivo, con suelos no removidos por arados y cubiertas vegetales más o menos tupidas. A poco que se buscan asentamientos con metodologías adecuadas, estos aparecen. Ilustrativo al respecto ha sido el descubrimiento del poblado de Jabariega, como hemos dicho un pequeño asentamiento estratégico de cronología calcolítica situado en alto y con restos de muralla. Otros sitios documentados presentan una adscripción cronológica menos precisa, en cualquier caso prehistórica y/o protohistórica, como ya se ha señalado. En función de todo ello, sospechamos que quienes construyeron y se enterraron en estas tumbas no desarrollarían su vida cotidiana muy distantes de ellas. A pesar de que el poblado de El Torrejón presenta rasgos propios de un castro del Hierro II, no estaría de más realizar excavaciones en el mismo para comprobar si tuvo niveles calcolíticos, tal y como se constató en el cercano asentamiento de El Jardinero (Bueno Ramírez y Balbín Behrmann, 1991, Bueno Ramírez y Vázquez Cuesta, 2008: 103).

Los restos prehistóricos de la zona conforman un puzzle que hemos tratado de recomponer e interpretar en la medida de lo posible, a pesar de la escasez de piezas. Por ello, la validez de las conclusiones aquí vertidas están lógicamente supeditadas a futuros avances. Reconocemos que todavía queda mucho trabajo por hacer en un área donde una parte importante del patrimonio arqueológico es prácticamente desconocido y se encuentra en peligro. Deseamos que nuestra aportación sirva para revitalizar la Arqueología de la zona, que aliente el estudio de los restos, su difusión y su conservación para las generaciones futuras. Sería necesario intensificar las prospecciones arqueológicas y realizar nuevas excavaciones según criterios y metodologías actuales. Obtendríamos mucha información excavando (siquiera parcialmente) los asentamientos descu-

biertos, así como los sepulcros mejor conservados, con mayor potencial en ese sentido. Sería conveniente también priorizar la excavación de los sepulcros más próximos entre sí, lo cual daría pie a un análisis detallado de las similitudes y diferencias en relación a sus contenidos, comparar cronologías, etc.

La recogida sistemática de carbones, semillas y frutos, pólenes, restos óseos, etc. y la realización de las correspondientes analíticas nos ilustrarían sobre aspectos paleoambientales y paleoeconómicos del máximo interés. La realización de dataciones absolutas ayudaría a afinar la cronología de los sitios, cuestión clave a la hora de proponer modelos sincrónicos y diacrónicos de poblamiento. En definitiva, un programa amplio de intervenciones permitiría conocer más y mejor el pasado de la zona, y profundizar en la comprensión de las pautas espaciales subyacentes a antiguos paisajes culturales olvidados, con sus cambios y permanencias a lo largo del tiempo.

Finalmente sería deseable la consolidación, conservación y difusión de los sitios, o al menos de una parte significativa de ellos en función de su interés. Sería recomendable y conveniente su señalización e integración en circuitos turísticos (como rutas senderistas, a caballo, ciclistas, etc.), donde este rico patrimonio arqueológico pudiera ser conocido y disfrutado por todos, incrementando el atractivo de un paisaje de singular belleza.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se ha realizado gracias, en parte, a una ayuda predoctoral FPI (BES-2011-043951), en el marco del Proyecto “El tiempo del tesoro de Aliseda” (HAR2010-14917) del Plan Nacional I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGENCIA EUROPEA DEL MEDIO AMBIENTE (2006): *Corine Land Cover. Mapa de ocupación del suelo*, escala de referencia 1:100.000. 25 ha de tamaño mínimo de polígono. Documento electrónico: <http://centrodedescargas.cnig.es/CentroDescargas/catalogo.do> (acceso: 20 de abril de 2014).

ALMAGRO BASCH, Martín (1965): “Los dos dólmenes de la “Dehesa de la Muela”. La Roca de la Sierra (Badajoz)”, *Trabajos de Prehistoria*, XVI, pp. 7-40 (más 7 páginas de figuras).

- BREUIL, Henri (1933): *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique, vol. II, Bassin du Guadiana*.
- BUENO RAMÍREZ, Primitiva (2002): “El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitecturas megalíticas”, *Extremadura Arqueológica*, VIII, *El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Mérida, pp. 35-80.
- BUENO RAMÍREZ, Primitiva y BALBÍN BEHRMANN, Rodrigo de (1991): “El proyecto arqueológico “Valencia de Alcántara: El Jardinero y yacimientos megalíticos de la comarca de Valencia de Alcántara” (Cáceres)”, *Extremadura Arqueológica*, II, *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología de Extremadura (1986-1990)*, Mérida-Cáceres, pp. 89-101.
- BUENO RAMÍREZ, Primitiva, BARROSO BERMEJO, Rosa M^a, BALBÍN BEHRMANN, Rodrigo de y CARRERA RAMÍREZ, Fernando (2006): *Megalitos y marcadores gráficos en el Tajo Internacional: Santiago de Alcántara (Cáceres)*, Salamanca.
- BUENO RAMÍREZ, Primitiva y VÁZQUEZ CUESTA, Antonio (2008): *Patrimonio arqueológico de Valencia de Alcántara. Estado de la cuestión*, Valencia de Alcántara.
- BUENO TEODORO, Antonio (2002): *Villar del Rey. Geografía, historia y tradiciones*, Badajoz.
- CABRÉ AGUILÓ, Juan (1923): “Losas sepulcrales del suroeste de la Península”, *Revista Coleccionismo*, Madrid, pp. 49-50.
- CABRERA GALLARDO, Aurelio (1933): “De Arqueología del Arte III”, *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, VII(1), pp. 37-43 (más dos páginas de figuras).
- CELESTINO PÉREZ, Sebastián (1989): “El poblado calcolítico de Santa Engracia, Badajoz”, *Revista de Estudios Extremeños*, XLV(2), pp. 281-325.
- CERRILLO CUENCA, Enrique, NARANJO, Jairo, SANTOS, Ivo, LICERAS, Raquel, GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Mario, PRADA GALLARDO, Alicia, QUINTERO, Sergio, RAMOS, María J., MATAMOROS, Patricia, LÓPEZ, Adara, MORA, Adrián, SALAS, Ernesto y MARTÍNEZ DEL POZO, J. Ángel (2013): “Poblamiento prehistórico en el valle del Tajo (área de Alconétar): técnicas de análisis geo-espacial y primeros resultados”, en Javier JIMÉNEZ ÁVILA, Macarena BUSTAMANTE y Miriam GARCÍA CABEZAS (eds.): *VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Penin-*

sular, celebrado en Villafranca de los Barros del 4 al 6 de octubre de 2012, pp. 734-758.

COLLADO GIRALDO, Hipólito (1997): *La pintura rupestre esquemática en el término de Alburquerque (Badajoz)*, Mérida.

COLLADO GIRALDO, Hipólito, GARCÍA ARRANZ, José J. y GUILLAMET, Eudald (2006): *El risco de San Blas, Alburquerque*, Guías Arqueológicas de Extremadura, 6, Mérida.

DIRECCIÓN GENERAL DEL AGUA DEL MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE E INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO DE ESPAÑA (2006): *Mapa litoestratigráfico y de permeabilidad de España*, escala 1:200.000.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, Juan J. (1990): *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados*, Badajoz.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, Juan J. (2007): "Diversidad y heterogeneidad durante los inicios de la Prehistoria reciente en la cuenca media del Guadiana", en Enrique CERRILLO CUENCA y Juan M. VALADÉS SIERRA (eds.): *Los Primeros campesinos de La Raya. Aportaciones recientes al conocimiento del Neolítico y Calcolítico en Extremadura y Alentejo*, Actas de las Jornadas de Arqueología del Museo de Cáceres, Memorias, 6, Cáceres, pp. 95-111.

GALÁN DOMINGO, Eduardo y MARTÍN BRAVO, Ana M^a (1991): "Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo", *Zephyrus*, XLIV-XLV, pp. 193-205.

GONZÁLEZ CARBALLO, José L. (1992): "El conjunto dolménico de San Vicente de Alcántara (Badajoz)", *Norba Revista de Historia*, 11-12, pp. 27-41.

GRANDE DEL BRÍO, Ramón (1987): "Nuevos descubrimientos de pinturas rupestres esquemáticas en Extremadura: Las Corchuelas, Los Ojeros y Alpotreque", *Studia Zamorensia Historica*, VIII, pp. 223-231.

HERNÁNDEZ PACHECO, Eduardo y CABRERA GALLARDO, Aurelio (1916): "Pinturas prehistóricas y dólmenes de la región de Alburquerque (Extremadura)", *Boletín de la Real Sociedad española de Historia natural*, Tomo XVI, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Nota N^o 8, Madrid, pp. 1-12 (más dos páginas de láminas).

HURTADO PÉREZ, Víctor (1999): "Los inicios de la complejización social y el Campaniforme en Extremadura", *SPAL*, 8, pp. 47-83.

- J. C.: “Albuquerque prehistórico y arqueológico”, *La Esfera*, 243, Madrid, 24 de agosto de 1918.
- LEISNER, Georg y LEISNER, Vera (1959): *Die Megalithgräber der iberischen Halbinsel: Der Westen*. Deutsches Archäologisches Institut Abteilung Madrid, Madrider Forschungen, Band 1, Berlín.
- MARTÍN BRAVO, Ana M^a (1999): *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura*, *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, Vol. 2, Madrid.
- MÉLIDA ALINARI, José R. (1913): “Arquitectura dolménica ibera. Dólmenes de la provincia de Badajoz”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVIII(1-2), pp. 1-24.
- MÉLIDA ALINARI, José R. (1925): *Catálogo monumental de España. Provincia de Badajoz (1907-1910)*, Madrid.
- MOLINA LEMOS, Lucio (1977): “El Lobo, un pueblo de época y cultura megalítica (unos cuatro mil años de antigüedad) en las afueras de Badajoz”, *Revista de Estudios Extremeños*, XXXIII(3), Badajoz, pp. 537-553 (más seis páginas de figuras).
- MOLINA LEMOS, Lucio (1980): “El poblado del Bronce I de El Lobo (Badajoz)”, *Noticario Arqueológico Hispánico*, 9, pp. 93-127.
- MURILLO GONZÁLEZ, José M^a (2007): *El asentamiento prehistórico de Torre de San Francisco (Zafra, Badajoz) y su contextualización en la cuenca media del Guadiana*, *Memorias de Arqueología Extremeña (MARqEx)*, 8, Mérida.
- MURILLO GONZÁLEZ, José M^a (2012): “El poblamiento calcolítico en la Vega del Harnina (Badajoz): documentación y discusión del modelo socio-político y económico”, *Norba. Revista de Historia*, 23, 2010, pp. 9-38.
- MURILLO GONZÁLEZ, José M^a (2014): *La vega del Harnina. Arqueología, territorio y poblamiento*, Cáceres.
- MURILLO GONZÁLEZ, José M^a y PAOLETTI ÁVILA, Elena X. (2015): “Pinturas rupestres esquemáticas y otras evidencias de poblamiento prehistórico en el sur de la Sierra de San Pedro (Extremadura, España)”, *Arkeos*, 17, pp. 2029-2060.
- PALOMO LECHÓN, Agustín y PALOMO LECHÓN, Sandra (2014): “Tras las huellas de Cabrera. Arqueología y Prehistoria en el Albuquerque de primeros del siglo XX”, *Revista de Estudios Extremeños*, LXX(2), pp. 691-724.

- PÉREZ BRUN, Fernando (s.a.): <http://megalitos.arqueoloxico.com> (Acceso: 1 de octubre de 2015). (Página web sobre megalitismo que recoge algunos sepulcros de la zona, donde se remite a Pérez Brun como informador).
- PRADA GALLARDO, Alicia y CERRILLO CUENCA, Enrique (1996-2003): “Megalitismo y poblamiento neolítico en el suroeste de Badajoz: una lectura complementaria”, *Norba Revista de Historia*, 16(1), pp. 47-74.
- RIVERO DE LA HIGUERA, Francisca M^a C. (1969): *Arqueología de Villar del Rey (Badajoz)*, Universidad de Salamanca, Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Historia), Tesina de Licenciatura inédita dirigida por el Dr. Jordá Cerdá.
- RIVERO DE LA HIGUERA, Francisca M^a C. (1970): “El dolmen de Leoncillo I (Villar del Rey, Badajoz)”, *XI Congreso Nacional de Arqueología*, celebrado en Mérida el año 1968, Zaragoza, pp. 260-264 (más siete páginas de figuras).
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso y PAVÓN SOLDEVILA, Ignacio (1999): *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres) -Campana de urgencia de 1995-*, Mérida.
- RUBIO MUÑOZ, Luis A. (2002): “Informe sobre los trabajos de excavación en el dolmen “Cabezo de Marruecos”, Alburquerque (Badajoz)”, *Extremadura Arqueológica*, VIII, *El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Mérida, pp. 243-248.
- SANJUÁN GAGO, María T. (2006): “Conjunto megalítico de la Dehesa Monteporrino de Salvaleón (Badajoz)”, *Revista de Estudios Extremeños*, LXII(1), Badajoz, pp. 85-104.
- VIU, José de (1852): *Extremadura. Colección de sus inscripciones y monumentos, seguida de reflexiones importantes sobre lo pasado, lo presente y el porvenir de estas provincias*, Tomo I, Madrid.

